

Conferencia de Ian Watson, escritor británico (17/09/2025)

‘No tengo ni idea’

No tengo ni idea de lo que habrá dicho en el pasado ningún otro escritor —honrado con la tarea presente y *placentera* que ahora me corresponde—.

Presente y placentera. Ya podéis notar que el significado de las palabras que escojo me afecta profundamente: me dejo llevar por similitudes, ecos, paralelismos, y juegos de palabras. No es casualidad que mi primera novela de ciencia ficción publicada, *The Embedding (Incrustados)*, le deba mucho al excéntrico autor francés Raymond Roussel, que basaba su ficción en trucos de prestidigitación lingüística. Roussel partía de una cadena de palabras como «Napoleón Primer Emperador» («Napoléon premier Empereur...») y terminaba con otras que sonaban igual pero que tenían un significado completamente distinto. El relato es un viaje de un sentido al otro a través de objetos surrealistas y aventuras insólitas. Mi novela *The Embedding* se tradujo al castellano con el título *Empotrados*. Acabé harto de ver anuncios gigantes de «Armarios empotrados». La nueva edición española exigía un nuevo título: *Incrustados*.

Tened en cuenta que soy un «narrador no fiable» porque adopto personajes, personae, más bien a la manera en que lo hacía Fernando Pessoa. Su propio nombre significa «Persona», así que, siendo poeta, estaba condenado a actuar de ese modo. Yo, por mi parte, cobro no por imitar la vida, sino por contar mentiras.

¿Qué es un «Wat-son»? Con esta pregunta espero explorar, con ligereza y *sin tragedias*, por qué y cómo escribo —principalmente ciencia ficción, también algo de fantasía y horror— y si de ahí se puede extraer alguna clave útil para otros.

Antes, en inglés, la palabra «alienist» («alienista») era el término para lo que hoy llamaríamos psiquiatra. Se decía que las personas con problemas mentales estaban «alienadas» de sí mismas. Tales personas no estaban integradas ni en su interior ni con los demás.

Yo, por mi parte, desarrollé desde pequeño un interés por los *alienígenas*, los del espacio exterior. Hoy me doy cuenta de que mi crianza fue un poco peculiar. Fui hijo único, así que no tengo concepto alguno de hermanos o hermanas. Tuve exactamente una prima: la Prima Pamela. Durante mucho tiempo creí que «Prima» era su nombre. Mis padres eran muy reservados; vivían en un bungalow a las afueras del pueblo. No salían, ni para ver a amigos ni para compartir una comida. Así que no desarrollé gran sentido de los demás como presencias significativas. Mi padre trabajaba en una gran oficina de correos al otro lado del río, bastante lejos de casa. Todos los días conducía su coche hasta allí, cruzando un río ancho y transitado en ferry. Cada mediodía volvía a casa para almorzar algo cocinado, y luego regresaba al trabajo, otra vez en ferry, cruzando el río Tyne. Mucho ir y venir. Nunca hablaba de su trabajo, ni de su felicidad, ni de lo contrario, en mi presencia. Acabó siendo el jefe de esa gran oficina de correos, pero jamás socializó con sus muchos empleados ni se tomó una cerveza con ninguno. De hecho, nunca bebía cerveza. No era «uno de los chicos», como se suele decir. Ignoraba por completo el fútbol, el rugby, el críquet, tanto por radio como en nuestra zona. No tenía ni idea de qué quería, aparte de ponerle mucha sal en todas sus comidas antes de probarlas. Mi madre, en cambio, sí tenía cierta ambición literaria y una vez mandó un relato corto a una

revista llamada *The Velvet Magazine*, dirigida a mujeres de los años veinte. Guardaba como un tesoro la carta estándar de rechazo como si fuera una aceptación —le habían respondido. Más tarde descubrió, con gran emoción, que mi padre había ido al colegio con una chica de los barrios humildes de South Shields que con el tiempo se convirtió en una novelista popular y superventas. Mi madre se animó a enviarle una carta de admiradora, y esto resultó ser gratificante.

Como familia de tres, sí que íbamos de vacaciones una vez al año. Las vacaciones consistían en una tienda de campaña en los parajes salvajes de Gales; o en una caravana alquilada, sola en un campo frente a un lago por donde, quizás, Wordsworth hizo senderismo; o bien una casita diminuta en una isla remota de Escocia.

Mis padres eran reservados. Nadie sabía que mi padre tenía una hermana vivaracha y traviesa que se fugó a Londres para pasarlo bien antes de la Segunda Guerra Mundial —de la que salió convertida en la amante de un estraperlista del mercado negro con una gran mansión en el río Támesis, una lancha motora, y una cadena de panaderías. Visitábamos a «Tita» durante las vacaciones en la mansión, pero siempre la tapadera era que mi madre iba a ver «una amiga de toda la vida». Un tío poco respetable, que había sido un marinero borracho, nos visitaba una vez al año para una cena incómoda, pero por lo demás, el viejo no existía.

De niño, todo esto me parecía completamente normal por falta de otro contexto. Fueron los libros los que me enseñaron cómo se comportaba la gente. Libros como *My Family and Other Animals* (*Mi familia y otros animales*) de Gerald Durrell. Pronto tuve una habitación propia recién construida para estar solo y leer con avidez, incluyendo ciencia ficción tan pronto como descubrí que existía.

En el colegio logré tener mi pequeño grupo de amigos. La vida me parecía bastante aburrida y mundana, salvo por lo que leía solo, por mi cuenta. Recuerdo que con unos 11 años cogí un autobús hasta la gran ciudad, a unos 15 kilómetros, para asistir a una charla en el museo de historia natural sobre las aves de Islandia, ilustrada con diapositivas de un fotógrafo amateur. No me interesaban ni las aves ni la fotografía aficionada. Pero me encantaba la idea de una Islandia vacía, sin nadie a la vista. Hoy en día, el término «autismo» se ha puesto de moda como etiqueta para formas no típicas de pensar y comportarse que, *por sí solas*, confieren valor y validación. Yo niego el autismo como explicación para entenderme a mí mismo. Pero sí noto que las palabras *autor* y *autismo* se parecen bastante.

En los años 50, comprar cactus en el Reino Unido era algo rarísimo, pero encontré algunos, y mientras era escolar gané mis primeros pagos por escribir, vendiendo artículos sobre cactus a revistas de jardinería nacionales. ¡Aquí es donde realmente están mis raíces como autor! Los cactus me parecían la vegetación de un planeta alienígena, lo cual era algo bueno. Me pagaban diez chelines por artículo, una pequeña fortuna, que hoy en día serían apenas cincuenta céntimos. Por cierto, cuando empecé a vender relatos de ciencia ficción, ganaba lo suficiente con una sola historia como para vivir dos semanas. Después de 40 o 50 años, el pago no ha cambiado mucho, pero ahora solo me alcanzaría para dos horas. *Sin embargo*, los relatos cortos son las joyas de la ficción imaginativa, más valiosos como arte que la mayoría de las novelas. Autores: ¡desactivad el contador de palabras! Dejad de obsesionaros con la longitud.

Dejad de presumir en redes sociales del número de palabras escritas. En su lugar, reescribid desde cero diez o veinte veces, manteniendo la misma extensión total, pero *mucho más breve*.

Sin embargo, confieso que durante algunos años después de la publicación de *The Embedding*, me imaginaba que escribiría principalmente novelas, y que el conjunto de cuentos de toda mi vida probablemente podría resumirse en una sola hoja. ¡Pero no fue así en absoluto! La carrera de un escritor está llena de contradicciones y paradojas. Eso dificulta mucho el dar consejos.

No sentía un gran apego por mi región, Tyneside, en el condado de Northumberland, salvo en la medida en que ofrecía muchos paisajes solitarios que visitar en coche los domingos para hacer un picnic.

Curiosamente, hoy en día vivo en Gijón, en Asturias, que en muchos aspectos se asemeja al pueblo de Tynemouth, donde crecí en el norte de Inglaterra. Tiene la misma playa de arena curvada que los vikingos invadieron alrededor del año 840 d.C. Minas de carbón cercanas. Ruinas romanas. Y atracciones turísticas. Eso es Gijón. Pero todo esto ya estaba *prefigurado* en la zona de Tynemouth de mi infancia, hace ya 70 años. Cerca de Tynemouth había un parque de atracciones permanente junto al mar, inaugurado hacia 1908, que se llamaba The Spanish City (La Ciudad Española), decorado por completo para parecer exóticamente a la España de las fiestas y el flamenco. Los turistas que atraía en masa cada verano eran siempre familias trabajadoras escocesas de Glasgow.

La desembocadura de nuestro río Tyne estaba defendida por *The Spanish Battery* (*La Batería Española*), una fortaleza originalmente guarnecidada por mercenarios españoles pagados por el rey Enrique VIII.

A mitad de camino de la playa *Long Sands* (muy parecida a la playa principal de Gijón), se encontraba un magnífico palacio del entretenimiento conocido como *The Plaza*, que empezó su vida a finales del siglo XIX como *Tynemouth Palace*. La mayoría de los lugareños sabían que la palabra española para «palacio» es «plaza». ¿Qué otro significado podría tener el nombre?

¡Poco sabía yo hasta qué punto España volvería a aparecer por casualidad en mi futuro!

La gente de Tyneside era sombría. Durante un paseo, me advirtieron sobre una playa ventosa: «¡Es traicionera ahí abajo!». Si decía algo fuera de lo común, me decían: «Estás volando demasiado alto. ¡Vas a provocar la caída de las naciones!» «Traicionero» era Londres y todo el sur, Inglaterra desde la cintura hacia abajo.

Mis padres me enviaron, con gran gasto (para ellos) a un colegio diurno local privado para niños. La intención era mantenerme alejado de los proletarios rudos, así como de todas las chicas, y para dotarme de algo de latín y griego. Como el colegio era un poco caótico y yo siempre era el más joven de la clase, logré salir de allí dos años antes con una formación en beber cerveza comprada por amigos que parecían mayores y con una beca para un colegio universitario de Oxford, que yo mismo había buscado por mi cuenta. Mi amable profesor de historia me aconsejó que no volara tan alto.

Pero me fui volando. Adiós para siempre al norte de Inglaterra, que nunca fue, emocionalmente, mi hogar. Oxford se convirtió en mi paraíso. Durante mi etapa como

estudiante escribí unas cuantas novelas cortas sobre personas solitarias y trastornadas, y una estuvo a punto de ser publicada por la editorial vanguardista del Reino Unido que publicaba a Samuel Beckett y a los autores del *nouveau roman* (la «nueva novela») francés, como Alain Robbe-Grillet. Mi novela casi publicada trataba de una joven lidiando con el embarazo. Yo no era una joven, y no tenía experiencia alguna sobre embarazos, pero resulté creíble tanto médica como psicológicamente. Al no tener lealtades familiares ni patrióticas, puedo ser un camaleón.

Puede resultar poco útil recomendar mi propia y feliz «alienación» como un camino que deba seguir un aspirante a escritor de ciencia ficción, fantasía o terror. Mi propio camino se alineaba más con Rimbaud cuando dijo «Je suis un autre» («Soy un otro») o con James Joyce, que proclamó que el secreto de su éxito era «el exilio, el silencio y la astucia»... algo que Joyce en realidad nunca dijo ni escribió. Esto me sitúa dentro de una cierta tradición intelectual, más europea que angloamericana, y tal vez más literaria que «de ciencia ficción». Sin embargo, hoy en día la historia se olvida rápido y la rueda se reinventa. Así que, en lugar de recomendar a los aspirantes a autores de literatura fantástica que cultiven lo nuevo, les aconsejo que *revivan lo antiguo*. Y solo entonces, que sean originales. No intentéis ser originales basándoos en lo nuevo.

Mientras leía ávidamente a Émile Zola como «literatura», tenía a mis espaldas al autor estrambótico de ciencia ficción A. E. Van Vogt. ¡Seguramente alguien con un nombre alienígena como Van Vogt, en lugar del aburrido «Watson», debía poseer una sabiduría alienígena! En Francia, Van Vogt fue traducido por la superestrella surrealista Boris Vian y aclamado como un intelectual visionario. En Inglaterra, no hubo tal suerte. El *establishment* literario británico es persistentemente esnob e ignorante respecto a la ciencia ficción.

Podría mencionar aquí que, en mi opinión, las novelas de la serie *Rougon-Macquart* de Zola constituyen un proyecto importante de ciencia ficción, siendo la ciencia en cuestión la genética, que no se comprendía plenamente cuando fueron escritas.

Defiendo firmemente el no entender las cosas por completo, como, por ejemplo, el universo. Sin duda, nunca tendremos una comprensión total. La Materia Oscura desaparecerá, igual que lo hizo el éter lumínico antes que ella. Estar al día es, al mismo tiempo, una buena y una mala idea. Por si pensáis que solo estoy siendo perversamente travieso al negar la Materia Oscura, el supercientífico del CERN, Jeffrey Hangst, me confió en voz baja, mientras esperábamos una pizza, que no le sorprendería que la Materia Oscura resultara ser una ilusión. Fue Hangst quien diseñó y construyó, a un costo altísimo, el experimento para ver si la antimateria obedece a la gravedad o no. En el laboratorio de la «Fábrica de Antimateria» del CERN, Hangst acumuló una enorme cantidad de antihidrógeno —al menos varias millonésimas de gramo— para ver qué pasa cuando se lanza esto en un recipiente que contiene solo vacío. Sí, la antimateria obedece a la gravedad, no a la antigravedad. Ahora lo sabemos. Respeto esto.

Mi primera novela de ciencia ficción publicada estaba parcialmente ambientada en Brasil, y mi tercera publicada, parcialmente en Bolivia. Hasta el día de hoy, nunca he visitado Sudamérica, pero parece que fui lo bastante verosímil como para convencer a lectores y críticos, incluso hoy. Bromeaba diciendo que, si no puedes inventar un país en tu propio planeta, ¡de qué sirve escribir sobre un mundo alienígena! En aquella época no había internet, ni Wikipedia, ni viajes

baratos, ni guías turísticas que pudieran ayudar a un autor. Incluso en Oxford, con sus bibliotecas y libreras, apenas había información sobre los pueblos quechua y aimara de los Andes. Por tanto, tuve que imaginar y visualizar, basándome en unas pocas pistas. Hoy en día sería un idiota si lo hiciese así. En aquel entonces, buscaba expresar lo alienígena dentro de mi propio planeta. Mi tipo de «desafío de originalidad» está ausente en un mundo conectado.

En este punto, debo lanzar un feroz ataque (¡GUAU! ¡GUAU!) contra la llamada inteligencia artificial como cualquier tipo de ayuda para los autores creativos. Pasaré por alto la cuestión del robo masivo de textos para entrenar software. No mencionaré (mucho) el descomunal derroche de energía costosa y estúpida generada que añade otra gota más al vaso de la catástrofe climática que ahora llega rápidamente. Pero la llamada «IA» —que carece de cualquier «inteligencia» en el sentido en que la puede experimentar, por ejemplo, una rata— está manifestando cada vez más «alucinaciones», combinaciones falsas de sinsentidos que luego se cuelan en la ionosfera para ser muestradas y recombinadas. Adiós, dentro de poco, a la utopía del conocimiento de internet, envenenada por necios codiciosos y malvados. Adiós a cualquier cita histórica o conjunto de hechos que esperes encontrar en Google como correctos.

Mi otro ataque feroz es contra el uso por parte de autores de libros y medios visuales del sufrimiento como anzuelo para entretenernos. Porno de dolor. En 1987 —hace casi *cuarenta años*— publiqué un ensayo en *Foundation: The Review of Science Fiction* titulado «The Author as Torturer» («El autor como torturador»). *The Shadow of the Torturer* (*La sombra del torturador*) de Gene Wolfe carece de sadismo —sustituyéndolo por sofisticación—, pero aun así el título explota cierta, digamos, excitación o escalofrío de crueldad. En aquella época, autores como Alfred Bester, en sus años de declive, y John Varley escribían escenas de tortura a propósito como condimento para estimular a sus lectores.

El poeta decadente de los años 1890 Ernest Dowson escribió: «Lloré por una música más loca y por un vino más fuerte». Es importante destacar que el maestro del terror Clive Barker declaró que nunca escribiría nada que fuera *imitable*. Algo que algún lector de mente enferma pudiera imitar en la realidad, por ejemplo, con un prisionero. Sin embargo, la demanda de estimulación mediante el porno de dolor se vuelve cada vez más extrema y más realista. El porno de dolor se incluye de forma rutinaria en libros y películas como gancho para el consumidor. Esto menoscaba la civilización, la humanidad y el arte.

¿Y qué pasa con algunas de mis propias obras, donde millones mueren sangrientamente? Me refiero a mis cuatro novelas de *Warhammer 40000*. El universo de 40K es grotesco, barroco, desmesurado, pero *no puede ser real*, del mismo modo que no puede ser real un tiránido, la criatura alienígena de 40K.

Warhammer 40K me atrajo profundamente porque encajaba con mi gusto temprano por la «ópera espacial», que 40K me permitió escribir, alucinando justo después del desayuno y emergiendo de la psicosis a tiempo para el almuerzo. ¡Nunca repetible en el mundo real! En el caso de *Warhammer 40K*, encontré que escribir por encargo me resultó liberador, por lo que firmé mis novelas de Games Workshop con mi propio nombre en lugar de usar los seudónimos que adoptaron todos los demás escritores iniciales.

En el mundo real, ¿llegarán los seres humanos alguna vez a viajar a las estrellas?

Esas estrellas estaban mucho más cerca en 1970, hace ya 50 años. De hecho, hace 50 años, por cada ser humano que vivía entonces, hoy existen tres. Algunos de vosotros recordaréis lo distinto que se sentía el mundo. A los 13 años, fui de excursión escolar a Roma. Cada mañana, después del desayuno, los profesores nos decían que saliéramos a explorar durante el día —sin ninguna supervisión de adultos— y que regresáramos a las 18:00 para la cena. Yo solo subí al tejado de San Pedro para disfrutar de las vistas. ¡Intenta hacer eso hoy en día! Con sed, entré en un café, donde la persona delante de mí pidió un Cinzano. Así que repetí exactamente las mismas palabras, y me sirvieron lo mismo. ¡Disfruté de la experiencia! En mi siguiente café, lo mismo. ¡Chin-chin!

En el pasado, había menos productos para comprar, pero más espacio. Como escritores de ciencia ficción, no teníamos límites, gracias a la ignorancia, como, por ejemplo, ¿cómo era el planeta Plutón de cerca? Los autores de ciencia ficción de hoy disponen de un cosmos mucho más vasto, pero yo diría que sus verdaderas reglas son restrictivas: miles de millones de mundos habitables y sin vida, y una persistente inexplicabilidad.

¡Deja volar la imaginación!

Give free rein to the imagination!

Deixa anar la imaginació!

Y si el resultado de esa ciencia ficción es surrealista, ¡bravo!

¡Gracias por vuestra atención!

© Derechos de autor Ian Watson 2025